La Novela Sugestiva




HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

**ROBERTO CLARK**

**El secretario particular**

# EL SECRETARIO PARTICULAR

La Novela Sugestiva

# EL SECRETARIO PARTICULAR

por

ROBERTO CLARK

Ilustraciones de
HELGUERA

31

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



¡OBERTO! ¿Pero eres tú?—dijo estrechándome entre sus brazos mi antiguo compañero de colegio Antoñito Jiménez, al que no había vuelto a ver desde que, juntos, cursamos los estudios del bachillerato.

Me abrazó, volvió a abrazarme y, retirándose un poco, me miró de arriba abajo.

—Pero ¿eres tú?—me dijo—. ¿Roberto Clark?

—El mismo.

—¡Como hace tanto tiempo que no nos vemos!

—Más de veinticinco años. ¡Un cuarto de siglo!

—¡Ahí es nada! ¡Y luego hablan de los progresos de la humanidad. Esos trenes que caminan sobre la tierra, devorando kilómetros a razón de un centenar a la hora; esos barcos que van del uno al otro confín del mundo, a velocidades casi incalculables, y esos aeroplanos que hienden los

aires anulando las distancias, no son nada comparados con la velocidad de los días, que con más presteza que el tren, el buque y el avión, nos hacen recorrer el camino desde el nacimiento hasta la muerte.

—Tú siempre tan filósofo, tan poeta, tan romántico—dijo Antoñito dándome un g pecito en la espalda—. Me acuerdo que en el colegio te destacabas como literatillo. ¿Y qué? ¿Escribes novelas?

—Pocas. Me dedique principalmente al teatro y al periódico.

—¿Y de versos?

—Ni un pareado. Ser poeta en España es casi lo mismo que no ser nada, porque no sé si es mal de los tiempos o empacho de modernismo, pero la prosa, no siempre fina y cuidada, sino las más de las veces chabacana y grosera, ha derrotado totalmente a la poesía, que, como los dioses caídos, anda arrinconada en lo más recóndito de sus viejos templos.

—¿Y estrenaste muchas comedias?

—Pocas. No pasó de la media docena. Y aunque parece que me acompañó el acierto en la elección de temas y aun en su desarrollo, la suerte me fué esquiva. Soy, pues, un autor aplaudido, pero desvalorizado económicamente.

—¿Y de amores?...

—Lo corriente: cuatro o cinco amoríos que son casi la continuación de los juegos infantiles; una



muchachita, ya con empaque de mujer, que te encuentras un día o que te la buscan tus padres, parientes o amigos; un sí que, aunque al pronto te parece natural, luego suele resultarte demasiado sostenido y aun de tres bemoles; un cura que interviene, los padrinos, los testigos, el cortejo, felicitaciones, abrazos, despedidas; el tren, un coche cama, y ya estás casado. ¿Que fué mutuo amor el que os llevó ante el altar?, pues la felicidad para ambos. ¿Que sólo él fué enamorado y ella se dejó amar, caso frecuentísimo?, pues ya tienes una mujer que se aburre hasta que tropieza con su verdadero *entretenimiento* y un hombre que sufre y a veces que llora. ¿Que es ella la enamorada y el marido el indiferente? Pues entonces corren a raudales las lágrimas por los ojos de la mujer, y el hombre busca, contrata y paga el amor que no sintió en su hogar.

—¿Y cuando ni él ni ella se quieren?

—Suelen ser felices, porque, unidos tan solo por razón de conveniencia o de interés mercantilista, ambos socios sólo se preocupan de mejorar el *negocio matrimonial* que hicieron al casarse. Y ella por un lado y él por otro, van por el mundo del amor y aun por el del placer. Pero tú no me dices nada de ti.

—¡Me interesa tanto oírte! Eres, como siempre fuiste, un gran filósofo y un excelente poeta.

—Tú, en cambio, eras un poco materialista.

—Y sigo siéndolo: un hombre práctico. Para

mí no existe más idea que vivir; eso sí, vivir muy bien; lo mejor posible. Y para eso no hace falta amor romántico, ni mujer amante, ni nada de esas cosas, sino dinero, mucho dinero, porque con el dinero se compra y se tiene todo, hasta ese amor de que tú hablabas. En fin, el caso es que te casaste...

—Me casaron, que no es lo mismo.

—¿No eres, pues, feliz?

—No podía serlo. ¿Tú también te has casado?

—Me casé. Yo sí me casé. ¡Y si vieras qué guapa, y qué buena, y qué inocente, y qué joven es mi Laura!

—¿Se llama Laura?

—Sí. Mi mujer es Laura Montes. La conocí en Cádiz. Ella es de Gerona, pero allí vivía con su madre y una hermanita menor que es un encanto de criatura: angelical, sencilla, bondadosa y bellísima. Casi tan guapa como mi mujer. A Emilita la queremos Laura y yo como si fuera nuestra hija.

—¿En qué te ocupas?

—Trafico en todo.

—¡Siempre tan vividor!

—Lo contrario que tú. Claro, que como tus padres eran ricos...

—Lo eran. Pero al hijo, a mí, solo llegaron las migajas del pan de oro. Un día, al verme arruinado y, ¿por qué no decírtelo?, mal criado, o mal educado, si así lo prefieres, plantado en medio de



la senda, indeciso, vacilante, teniendo que optar por la lucha a brazo partido con la vida o abrazarme voluntariamente a la muerte, elegí la lucha, y desde entonces soy un legionario sin momento de paz, siempre en la vanguardia, siempre en plena batalla. Trabajo en cuanto me ofrecen, y si no soy eminencia en nada, en cambio tampoco quedo mal en todo lo que me encomiendan.

—Pues chico, celebro muchísimo este encuentro, porque tú necesitas de mí y yo de ti. Tengo un negocio para el que preciso un hombre culto, inteligente y hasta poeta y romántico. Me he dedicado ahora a editor, y me hace falta un secretario particular.

—Estoy a tu disposición, y, la verdad, te agradezco la oferta, pues estos días me faltaba trabajo.

—¡Qué Roberto éste! ¡Siempre el mismo; invariable! ¡Siempre en las nubes! Pero ¿no me preguntas lo que vas a ganar? ¿No me dices lo que pretendes cobrar por tu trabajo? Vamos a casa. Menos mal que has dado conmigo, y ya verás cómo no te exploto. Porque a ti te habrán explotado muchos...

—Algunos.

—¿No lo dije? Tú no sirves, no sirves para vivir, sino para soñar: ese soñar despierto de los poetas y de los románticos. ¡Hay que vivir, Roberto! ¡Hay que vivir!

Y tomándome del brazo me llevó hasta una parada de coches, haciéndome subir primero y diciendo al chofer con su habitual aire de mando y superioridad :

—Castellana, 12; de prisa.





UBIMOS al piso y Antoñito hizo sonar el timbre, abriéndonos seguidamente una linda y pizpireta doncellita.

—Pasa, Roberto, pasa. Por aquí. Estás en tu casa.

El recibidor era algo sombrío por su falta de luz directa del día, que obligaba a usar constantemente la artificial, cuyos rayos se amortiguaban, además, por el tono rojo de las paredes y cortinajes. En el despacho, también servido por luz eléctrica espléndidamente derrochada, se acentuaban el confort y buen gusto que presidía la casa. Algunos estantes con libros, novelas en su mayoría, elegidas con menor cuidado que los muebles; una mesa lujosa de estilo español y un sillón frailuno, amén de algunas sillas y un arcón castellano, constituían el *atrezzo* de aquella escena en que

iba a desarrollarse el argumento de esta novelita sugestiva.

—¿No están las señoras?—preguntó mi amigo a la doncella que nos había precedido abriendo puertas y levantando tapices.

—No, señor. Salieron en el coche hace un rato.

—Está bien. Siéntate, hombre, y charlaremos o, mejor dicho, continuemos nuestra conversación.

—Tienes muy bien puesta la casa—le dije—. Se conoce la actuación de unas manos femeninas enamoradas de su hogar.

—¡Ya verás, ya verás qué par de mujercitas tengo?

—Veo que estás muy enamorado de tu mujer y que quieres mucho a tu cuñada. Me explico que pases todo el día en casa.

—¡Cá, hombre! Las horas de comer y las de dormir. Lo demás es muy aburrido. Durante el día voy y vengo, trabajo, busco dinero y luego a la Peña tarde y noche.

—¿Juegas?

—Eso me entretiene. Además...—dijo guiñando un ojo a lo Romanones—, tengo otra distraccioncita... En fin, ya te contaré otro día. Aquí no quiero hablar de eso ni una sola palabra.

—Pero ¿tú tienes una...?

—¡Chitón! Hablemos de negocios.

—Hablemos de lo que quieras.

—Como te dije antes, tú vas a ser desde este



*Una linda doncellita.*

momento mi secretario particular. ¿Conformes?

—Conformes, y encantado.

—No te señalo sueldo. Cuando necesites dinero, me lo pides y en paz. ¿Te parece bien?

—Lo que tú dispongas.

—Vienes aquí por la mañana muy temprano y a trabajar. Ahí tienes de todo: cuartillas, plumas, lapiceros.

—Yo escribo siempre a máquina.

—Pues mejor. Porque vosotros los ecritores teréis una letrita que no la entiende ni Rodríguez Marín.

—¿Y qué he de hacer?

—Vamos a escribir una serie de novelas.

—Me parece bien.

—Tú escribes, yo lo leo, lo corrijo a mi modo y a la imprenta.

—¿Asunto de la primera novela?

—Atrevido. Cuanto más atrevido, mejor se vende. ¿Qué hubiese sido del «Caballero Audaz» si no reinaran tanta perversión y tanto vicio hasta en las lecturas predilectas? Hay que escribir para las mujeres. Son ahora las que más leen.

—Es verdad. Y también las más pervertidas, sobre todo moralmente.

—¡Bah! ¡Cosas de los tiempos! Dispuestas a enseñarlo todo, tienen, naturalmente, que aprender a enseñarlo con la maestría de lo picaresco. Luego haremos un tomo de versos.

—¿Cómo?



—Muy sentimental y muy romántico; pero de un romanticismo sensualista, carnal, ansioso, enervante.

—Bien. Probaré a hacerlo. ¡Esos libros llevarán la firma...?

—La mía. Eso no se pregunta. Para eso te pagaré yo lo que necesites.

—Bueno. ¿Tienes pensado ya el argumento de la novela?

—Sí; pero es mejor que tú la hagas a tu gusto, ateniéndote a mis instrucciones. ¿Conformes?

—Conformes.

—Ahora, mientras vienen Laura y Mili, te voy a enseñar la casa.

Y tomándome otra vez del brazo, me llevó hacia un despachito que por una puerta y un gran ventanal de cristales comunicaba con una pequeña y florida terraza.

—Este será tu despacho de trabajo. ¿Te gusta?

—Sí, hombre. Yo trabajo en cualquier parte. Además, esto es delicioso. Tiene luz, sol, flores y hasta cielo, en cuya inmensidad sin fondo ni figuras buscan los creyentes los santos de su devoción que inspiran su fe, y hallan los poetas las huríes de sus sueños.

—Pero fíjate, querido Roberto, que para lo que vas a escribir te basta con mirar a la tierra.

—Es verdad. Miremos a la tierra, a la pobre tierra, que mojada por la lujuria y la avaricia, produce el fango social.

—Temo que no escribas la novela como yo quiero.

—No te preocupes. Los escritores tenemos la facultad de absorber, momentánea, pero totalmente, en nuestro cerebro, el pensamiento y el corazón de los personajes que creamos, o mejor dicho que copiamos de la vida. Así, sentimos, cuando es preciso sentirlo para llevarlo a los puntos de la pluma, el amor o el odio, la lujuria o la templanza, la virtud o el vicio, la honradez o la podredumbre, el cielo o el infierno. No tengas duda que las mujeres y hombres de mi novela, o mejor dicho de la tuya, son de carne sin alma, montón de cieno, renacuajos y ranas de la charca moral de España; ladrones de levita, meretrices de alcurnia, vírgenes locas y maniquíes del vicio.

—¡Eso, eso! ¡Esa es la novela que yo quiero escribir! ¡Esa es la literatura que priva, la que vale, la que se vende, la que leen con avidez y con deleite hasta las más encopetadas y honestas damas! ¡Ya ves, a Laura y a Mili no les distrae otra cosa! Pero ahí las tienes ya. Ellas son.

LAURA y Emilia eran realmente dos hermosas y lindas mujeres; pero su principal encanto, más que en sus caras y en sus ojos, estaba en el lujo y la ostentación con que envolvían, hasta cierto punto, sus senos turgentes, de línea impecable; sus tersos hombros y sus brazos estatuarios; sus arrogantes caderas y sus bellas y armoniosas piernas, calzadas con medias de finísima y transparente seda, que dejaba ver la blancura de mármol de su piel limpia y suave.

Ninguna de las dos era joven, pues la mujer de mi amigo, más arrogante aún que su hermanita, pasaba con mucho de los cuarenta, y Emilia se hallaba seguramente más cerca de éstos que de los treinta y cinco. Pero, ¡oh milagros de la higiene moderna, con toda su batería de afeites, ma-

sajes y baños turcos! : ni la una ni la otra representaban hallarse en el otoño de su vida, sino en lo más lozano y espléndido de su estación veraniega de agosto.

—Aquí os presento a mi antiguo compañero de colegio Roberto Clark, excelente muchacho, gran escritor y delicado poeta.

—¿Escribe usted versos?—me dijo Emilia con tono melifluo y voz acariciadora—. ¡Serán muy bonitos! A mí me encanta la poesía.

—Mis versos—le dije—son pobres como yo, y difícilmente han de satisfacerla.

—Ya me leerá usted alguno, ¿no?

—Obedecer es la mejor fórmula de la cortesía, y yo soy siempre cortés con las damas.

—Muy galante y, por tanto, muy poeta; porque la galantería es la mejor musa de los trovadores.

—La galantería, no, Mili : el amor—dijo Laura.

—Bueno—exclamó Antonio—; yo me marcho, que tengo una cita con el barón de Lajos.

—Vámonos—repuse yo, levantándome.

—No. Quédate. Si quieres, puedes dedicar la tarde a preparar el trabajo.

—Lo que ordenes.

—Yo vengo pronto. Hasta luego. Adiós, Laurita—añadió besándola en la cara, que ella puso, pero sin besarle a él—. Adiós, Mili. En seguida estoy de vuelta. Ya veréis qué buena adquisición



he hecho hoy : Roberto es un excelente escritor. Creo que estaremos todos contentos con el secretario particular. Te repito que estás en tu casa.

—Adiós, Toni—dijo Laura, despidiendo a su marido hasta la puerta.

—Que no tardes, Toni—añadió Mili, dándole un cachetito en la cara.

—Con permiso de usted, Roberto, vamos a quitarnos los trajes de calle. Hasta ahora.

—A los pies de ustedes—dije ceremoniosamente, inclinándome ante mis nuevas amigas.

La primera impresión que aquellas dos mujeres me produjeron no fué muy agradable. Diéronme la sensación de ser arrivistas; es decir, nacidas en modesta cuna y elevadas de rango social por el casamiento de la mayor con mi amigo Antonio. Sus maneras de vestir y adornarse no acusaban en ellas una cuidadosa educación moral, sino que las mostraba como de haber pasado por un ambiente enrarecido, el de un teatro de varietés, de un café cantante o de camareras. Toda su facha les acusaba en este sentido.

Laura tenía aspecto algo más señorial que Mili, tal vez por la mayor arrogancia de su cuerpo y por su tipo rubio, aunque el color de su pelo lo fuese por la virtud doradora del oxígeno. Sus brazos eran admirables, lo mismo que sus hombros y sus piernas. Sus labios gruesos, rojos, visiblemente ardientes y ansiosos. Su espíritu pare-

cía aniñado, mostrándose con real o fingida inocencia, impropia de su edad y de su estado.

En cuanto a Emilia, principal personaje de esta narración novelesca, merece su descripción capítulo aparte.





EMILI era una verdadera muñeca, no tan sólo por la pequeñez de su cuerpo, sino por su conjunto todo. Su cabecita diminuta y redonda, con melena ondulada, negra como la endrina, tal vez por el aditamento de cierta tintura que tenía la misión de suprimir alguna que otra prematura cana, parecía de bazar; sus bracitos torneados, blanquísimos, en cuya blansura influía poderosamente una crema especial y costosa, eran sin duda alguna brazos de muñeca; su pechito fino, enhiesto, arrogantillo, tililante y nervioso, por la pureza de sus líneas y la simétrica posición de sus botones, parecía hecho por manos artistas; su cintura grácil y ondulante, sus caderas armoniosas y sus piernas finas, torneadas, que terminaban en dos pies pequeñitos, eran también de muñeca de bazar. Emilia era, pues, un bibelot gracioso y atrayente.

Pero no os hablé de sus ojos ni de su boca, y he de hacerlo a fin de completaros el retrato de aquella muñequita de carne y fuego. Sus labios eran finos, poco lujuriosos en apariencia; sus ojos tenían una mirada extraña, que cambiaba de fuerza y de tono con una facilidad asombrosa, mostrándose unas veces dulces y apasionados, otras fríos e irónicos, otras despectivos e indiferentes, alguna vez melancólicos y suplicantes y muchas cortantes de puro fieros, como si hubiesen tenido la dureza de un diamante negro. Si el alma de aquella mujer se asomaba a sus ojos, bien podemos afirmar que su corazón y su pensamiento tenían tantas y tan variadas facetas como si hubiese sido almacén o muestrario de todos los sentimientos humanos, grandes y bajos, malos y buenos, viciosos y castos.

De aquí que era dificilísimo conocer su verdadero modo de ser y de pensar, pues es imposible que en una sola alma se dé todo el arco iris de la santidad y de la perversión a un tiempo mismo, y sin más gradaciones que las del timón de su voluntad.

Todavía, transcurridos muchos años, en estos días en que escribo mis impresiones de aquella loca aventura, no acierto a definir exactamente y con la precisión debida cuál era la verdadera configuración moral de Mili.

¿Cuál sería su historia? ¿Habría tenido novios, tal vez amantes? A veces parecía como la más in



genua de todas las mujeres, y a ratos se mostraba como la más atrevida de todas las cortesanas.

En la casa entraba diariamente un muchacho flaco y enteco, casi un niño, comparado con aquellas dos florecientes otoñales.

Dijéronme que era un primo lejano de Antonio, que, por hallarse solo en la capital, les había tomado cariño de hermanos.

Media hora llevaría solo en el despacho, ya comenzado el trabajo de planear la novela, cuando volvió Emilia a entrar en la habitación. Venía casi más bella y atrayente que con su traje de calle, pues vestía una lindísima y sutil bata de seda que, ajustándose a su airoso e incitante cuerpecillo, moldeaba las líneas admirables de su pecho y de sus muslos; en cuanto a los brazos, torso y piernas, no llevaban obstáculo alguno para su mejor contemplación admirativa.

—¿Cómo le va al señor secretario?—díjome al entrar, sonriente y expresiva.

—Muy bien. Aquí estoy planeando el asunto de la primera novela.

—Hay que esmerarse, señor literato, que a mi cuñadito le cuesta mucho ganar el dinero y es preciso defendérselo con uñas y dientes.

—Jamás quedará por mí—repuse—, que aunque no sea sino por gratitud, que es la más venerada religión de mi conciencia, he de poner, para mejor hacerlo, todo el esfuerzo de mi voluntad y todo mi corazón y toda mi inteligencia.

—Y ni mi hermana ni yo lo dudamos. ¿Si viera usted qué buena impresión nos ha producido desde el primer momento?

—Gracias por la lisonja.

—No, no es lisonja. Nosotras no mentimos nunca. Quizás por eso, alguna vez, se nos tache de poco correctas. Siempre llamamos al pan, pan; y al vino, vino; ya, ya lo irá usted viendo.

Salióse a la terraza, y tomando su cestito de costura, que puso sobre una silla, sentóse al lado, disponiéndose a coser.

Su silueta airosa, resaltada por el sol que doraba los bordes de sus líneas, dábanle formas de aparición. Mirábala de cuando en cuando disimuladamente, como ella también lo hacía, lo cual me explicaba atribuyéndolo a la curiosidad natural.



DESDE el primer instante, Mili y yo fuímos muy buenos amigos, profesándonos verdadero afecto fraternal. Yo pasábame las horas en aquel despachito, trabajando con verdadero entusiasmo. Emilia me acompañaba constantemente, unas veces haciendo labor y otras dándome conversación para contarme sus aventuras y saber de las mías. Esto era ciertamente lo que parecía interesarle más vivamente.

—Me he enterado de una picardía de usted—me dijo un día con gesto malicioso.

—¿Mía? No sé a qué ni a cuál pueda usted referirse.

—¿A cuál? ¿Luego no es una sola, sino varias? Me parece que usted, pese a su cara de santito y a su aire humilde y modesto, es usted un hombre peligroso, muy peligroso.

—Yo no soy sino un desdichado, que desdicha y harta es no tropezarse en la vida con la materialización humana del ideal.

—¡Sí, sí! ¡Un desdichado! ¡Un infeliz! ¡Pobrecito mío! ¡Si nunca ha roto un plato!

—Le juro a usted, amiga Mili, que soy bueno, leal y honrado.

—¡Menudo hipócrita está usted hecho! Y si no, vamos a ver: ¿quién es una persona que se llama Anita?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe usted? ¡Vamos! Veo que en efecto es usted un solemnísimo hipócrita. Pues ya que no quiere decirme nada, se lo diré yo, para que vea que estoy perfectamente enterada de toda su vida y milagros. ¡Y qué milagritos los que hace este santo de Pajares!

—Vamos, Mili. ¿Qué es lo que usted sabe?

—Todo. Que tiene usted una amante con tres o cuatro hijos; que Anita, porque ése es el nombre de ella, es una muchacha de buena familia que fué novia de usted antes de casarse, y que al encontrarse de nuevo, soltera ella aún, se reverdeció aquel amorío de la niñez; que usted y ella estaban tan enamorados, tan ciegos, tan locos, que saltando sobre todos los obstáculos, algunos tan al parecer insuperables como el ser usted casado y el estar Anita para casarse, se entregaron sin reservas a los impulsos de aquella pasión que un día pudo ser legítima, pero que después era



*Realmente dos hermosas mujeres.*

forzosamente irregular y hasta delictiva. ¿Es cierto todo esto? ¿Se atreverá usted a negarlo?

—Tanto como negarlo, no. Pero hay algo de exageración en lo que decía.

—¿Es que no tiene usted relaciones íntimas con esa mujer? ¿No es su querida?

—¿Querida? De ninguna manera.

—¡Hombre! De modo que está usted casado con otra, ¿no?

—Sí. Eso es cierto.

—Pues si está usted casado y tiene amores con otra mujer, ésta es evidentemente su querida.

—Mis relaciones con Anita no son de esa categoría, sino de más alto rango espiritual.

—¡Ya, ya me lo figuro!—dijo riendo picarescamente—. Los niños han venido al mundo por obra y gracia del Espíritu Santo. Me hace usted reír de buena gana. En fin, si esa mujer no es su querida, ¿qué es?

—Mi esposa.

—¡Monstruoso! ¿Su esposa? ¿Y la otra, la auténtica, la verdadera?

—También; pero en menor proporción espiritual.

—¡Y dale con lo espiritual! Vamos, explíquese usted.

—Como usted misma decía, yo conocí a esa señorita hace muchos años; ambos éramos casi unos niños, sobre todo ella, que es mucho más joven que yo.



—¿Cuántos años?

—Ocho o diez. La edad de ustedes es siempre un enigma para nosotros.

—Pues yo no la oculto. ¿Quiere usted saber los años que tengo?

—Veinte—repliqué.

—¡Ja, ja, ja! Tengo ya treinta y siete.

—¡Mentira!

—Pues es la verdad. Y mi hermana Laura pasa de los cuarenta. ¿Verdad que no los representa?

—Ni usted tampoco. Ella aparenta a lo sumo y usted los veinte que le dije antes. Y como la Naturaleza les quita a ustedes los años con ese ansia y afán tan extraordinarios, ¿para qué van ustedes a quitárselos? Eso sería una fórmula de dar la razón, y las mujeres, en general, gustan mucho de llevar a todos la contraria.

—¡Eso es! Llámenos usted embusteras claramente. Pero, en fin, quiero oír la clasificación que para sus amores da a Anita. Ya ve que no quiero seguir llamándola su querida hasta ver por dónde sale usted.

—Le decía que cuando ella era una niña y yo comenzaba a pollear, fuimos Anita y yo muy amigos, como hermanos. En aquella chiquilla, atisbo de mujer, hallaba yo el compendio de todos los encantos y el ídolo de todos los amores. Jugábamos juntos, y bailábamos juntos también en casa de mis padres y en la de los suyos. Mis piropos la encendían como amapola a la que el primer rayo

de sol del día, abriéndola a la luz, la hace enrojecer con el fuego de la vida.

—¡Qué cosas más bonitas sabe usted decir! ¡Siga, siga!

—Un día, en nuestros juegos, le hablé de amor. Quedóseme fijamente mirando a los ojos, y fué tal la verdad que en ellos leyera, que cerrando los suyos, como quien no quiere ver a sus pies el precipicio, acercó su boca a la mía y nos dimos un beso. En aquel contacto, que electrizó mi cuerpo y mi alma, se hablaron, con la reverencia del silencio, nuestros dos corazones. Ella se sintió mujer, se despertó al amor, que es, en definitiva, el despertar dulcísimo a la vida. Yo quedé, para siempre, preso y esclavo por mi pasión.

—¿Y no se dijeron ustedes nada? ¿Ni una palabra?

—¿Para qué? Los labios, cuando besan, es cuando mejor hablar a la persona amada.

—Pero ¿después fueron ustedes novios?

—No. Pasados unos días, me enviaron de nuevo al colegio para terminar el bachillerato, y a mi regreso, en las vacaciones de Navidad, supe con pena, con verdadero y hondísimo dolor, que el padre de Anita había muerto y que ella, con su madre y hermanos, habían venido a Madrid al amparo de un tío suyo que en la corte ocupaba puesto de gran relieve. Después, me casé; o, mejor dicho, me casaron.

—¿Que le casaron? ¡Qué gracioso! Eso nos



ocurre a nosotras, a las mujeres; pero a los hombres... No, hijito. Ustedes gozan de privilegios que nos están vedados a las mujeres. Se casan con quien quieren, cuando quieren y como quieren. Las mujeres tenemos que sentarnos al balcón a esperar que pase un hombre y nos mire, y, nos guste o no nos guste, ése es el novio, y empecé por lo mejor de lo malo, porque ya es sabido que la mayoría de las mujeres, por no decir casi la totalidad, tienen que conformarse con el marido que le buscan sus padres, tutores o amigas, que no tiene para nosotras otro atractivo que el de la conveniencia. ¡Y eso es tan poco!

—Nada. La conveniencia es lazo que no une, ni siquiera ata a los esposos. Dígamelo usted a mí, que fuí víctima de algo parecido, tan parecido, que por eso digo que me casaron.

—Cuénteme, cuénteme, Roberto. Me interesan muchísimo todas esas cosas. ¡Si usted supiera lo que es y ha sido mi vida! Pero cuente la suya.

—Muerto mi padre, emprendí un viaje de recreo, dirigiéndome a una playa del Norte, en la que residía una familia amiga. Don Anselmo, que tal era el nombre de aquel señor, estaba casado, y con ellos vivía, como usted en esta casa, una hermana de su mujer. He de advertirle que yo tenía cierta fama de rico, aunque, en realidad de verdad, lo único existente era la fama. Pero como vestía con lujo, llevaba buenas alhajas y dos ca-

rreras y mis buenos diecinueve años, constituía lo que ustedes suelen llamar un buen partido.

—Evidente.

—Desde el momento que llegué a la capital provinciana, colmáronme de atenciones aquellos excelentes amigos. Y, quieras que no, hacíanme comer y cenar diariamente en su casa, colocándome al lado de la cuñadita, de la que no sólo su hermana, sino además el marido, elogiaban sus prendas morales, ya que de las físicas no podían hacer ciertamente tan gran reclamo. En fin, amiga mía. Metiéndome a la niña por los ojos, como vulgarmente se dice, sin separarla un solo instante de mi lado y siendo mi forzada pareja en paseos, bailes, playa y baños, acabé por creerme loco, perdidamente enamorado de ella.

—Y ella, ¿sí le quería?

—Creo y confieso que sí. Aunque alguna vez ha pasado por mi pensamiento la duda de si el amor de ella corrió siempre parejas con el mío, es decir, que tenía la misma extraña contextura: pura y exclusivamente sensual.

—¡Oh! No lo crea usted, Roberto. Las mujeres no amamos nunca más que con el corazón, jamás con los sentidos. Eso se queda para los hombres.

—¿Por qué no? ¿Acaso la mujer no tiene aún más acusada la sensibilidad que los hombres?

—No sé, no sé—repuso, haciéndose la rubo-



rosa—. Yo soy soltera y no entiendo nada de esas cosas...

—Es verdad. Usted perdone mi ligereza.

—Tampoco es para tanto. Yo no soy ninguna niña y... Pero continúe usted su interesantísima historia. ¿Decía que el amor que usted sentía por aquella muchacha era puramente sensual?

—En efecto. De ello no me di cuenta hasta algunos años después, cuando el mal ya no tenía remedio. En el hombre, como en la mujer, existen dos clases de sentimientos amorosos: el puro, que por absorber el alma se apodera también del cuerpo, y el impuro, que brotando de los sentidos, siendo exclusivamente material, absorbe también y se apodera del pensamiento. Ambas modalidades del amor se concentran en el cerebro, lo ocupan, lo envenenan, lo subyugan y lo esclavizan; el verdadero amor para siempre, que una vez que se hizo nuestro amo y señor se consustancializa de tal modo con nosotros mismos que vive nuestra vida y con nuestra muerte muere él también; el falso amor, el de los sentidos, el del macho y hembra entre sí, es luz de relámpago que ilumina el rayo de la lujuria y, pasada la tempestad, se oscurece, se apaga. He aquí la diferencia fundamental entre ambos amores.

—Sí, sí. Es decir, me lo figuro, lo imagino. Describe usted tan admirablemente...

—Yo era casi un niño en cuerpo de hombre. Mis amoríos no habían pasado hasta aquel punto

de verdadero juego infantil, de ser el muñeco de carne que, paralelamente con el de cartón y porcelana, tienen en el corazón y entre las manos de las niñas la estructura de un juguete más. Mis ansias de mujer restallaban en mis sentidos viriles. ¿No era aquella muchacha una flor que se me ofrecía al recreo de mi vista, y el agua que se brindaba, con la lozanía siempre atrayente de sus diecisiete primaveras, a apagar la sed de mis lujurias? Yo era la dinamita a la que se va acercando la mecha ardiente. Sentía en mi alma el amor de amar...

—¿Amor de amar? Linda frase que expresa todo un mundo de ansiedades insatisfechas, de deseos ilimitados y sin imagen de ídolo real... Siga usted, Roberto. ¡Yo también siento ese amor extraño, sin figura humana, sin materialización en ningún hombre, que usted ha definido tan admirablemente! ¿Y se casó usted con aquella mujer?

—Me casaron, o nos casaron, si es que ella estaba herida por la misma confusión que yo, y había tomado por amor puro lo que no era sino la expansión carnal de los sentidos.

—Y volvamos a la *otra,* a la que no quiere usted llamar su querida.

—Porque no lo es. La palabra *querida* es precisamente la apropiada para definir la persona que satisface nuestros apetitos lujuriosos mediante una retribución fija y constante. La querida es la que



nos vende su cuerpo a plazo, la que nos finge amores a tanto alzado y pensando siempre en la sobretasa. Es la meretriz que adjudica la exclusiva de sus encantos físicos al mejor postor, reservándose, naturalmente, el corazón para el verdadero objeto de sus amores. De la fidelidad de la querida no puede, no debe fiarse ningún hombre, porque siendo el dinero de la venta o alquiler temporal el lazo que une a ella con él, en cuanto aquél falta o se retrasa un solo día, la vendedora se retrae y niega la mercancía, que procura cotizar de nuevo con quien más y mejor la pague. Y eso no es amor, ni lo fué nunca, por mucha que sea la insistencia de hombres y mujeres en llamárselo.

—Pero la mujer que no es esposa, ¿qué ha de ser sino la querida?

—Repito a usted que no. Una mujer casada con todos los requisitos legales puede ser y es frecuentísimamente la verdadera *querida* de su marido, como ocurre con cuantas se casan con viejos o jóvenes por la razón de la conveniencia.

—Casi me va usted convenciendo. ¿De modo que Anita...?

—Es mi verdadera mujer, la única, la santa, la que se desposó conmigo en una noche solemne en que, como en aquel día lejano, pudorosa y enamorada, me ofreció su boca para besarla, también enrojecida de pudor, temerosa, palpitante, arrasados sus ojos en lágrimas que, como plegarias, se elevaban al cielo pidiendo a Dios la bendición de

nuestra unión sagrada de almas y cuerpos, me dió a beber el cáliz de su pureza. Y la mujer que así se entrega al elegido de su corazón, atraída a su cuerpo por el ansia devoradora del amor, no es la querida, no puede ni debe serlo; es la esposa, la verdadera esposa, la noble, la santa compañera de la vida.



La primera novela que Antoñito lanzó al mercado, escrita por mí y firmada por él, tuvo un éxito resonante, definitivo. Todas las prensas se deshicieron en elogios, porque habíamos logrado darle un tinte de erotismo suavizado y matizado por un estilo pulcro y por un ambiente de romanticismo fino y delicado.

Laura, y muy principalmente Mili, se desvivían por atenderme y obsequiarme, tratándome en todo momento con una extraordinaria familiaridad, que yo agradecía noblemente.

Por su parte, Antoñito pagábame con cierta esplendidez y me dispensaba un trato de verdadero hermano.

Algunas noches me obligaba a cenar con ellos, y de sobremesa a leerles alguna de mis obras teatrales y diversas composiciones poéticas.

Frecuentemente, marido y mujer íbanse de compras o visitas, y Mili quedábase en casa con diferentes pretextos, que al principio me engañaron a mí mismo, aunque luego llegué a explicarme su verdadera significación. Porque hasta mi entrada en aquella casa, Emilia iba con su hermana y su cuñado a todas partes, y con ellos había recorrido casi toda Europa y parte de América, lugares diversos a que llevaban a Antoñito sus importantes y múltiples negocios.

Una de las tardes en que Mili y yo quedamos solos en la casa, apenas salidos sus hermanos, entró en el despacho y tomó asiento cerca de mí.

—¿Qué tal va esa segunda obra, Roberto?—me preguntó con su voz acariciadora y suavísima que de sus labios salía ondulante como un reptil.

—Bien. Yo creo que muy bien.

—Y así será; porque es usted un literato de cuerpo entero.

—Yo creía—repuse bromeando—que sólo era literato de medio cuerpo, de busto.

—Pues no, señor. Se equivocó usted. Y si no, remitámonos a las pruebas. ¿No ha sido extraordinario el éxito de la otra novela? ¿No se agotó la edición en pocos días? ¿No siguen lloviendo los pedidos y ha sido preciso hacer otra edición a toda prisa? ¿No se han deshecho en elogios todos los críticos?

—Basta, Mili, basta. Hablemos de otra cosa. De usted. Ha viajado mucho, ha vivido en todos



los continentes, es usted linda, atrayente, simpática y habrá inspirado a muchos hombres la admiración y el amor. ¿Por qué no me cuenta usted algo de su vida?

—¿Para qué? Se deslizó hasta ahora sin nada interesante, vulgar, corriente, aburridísima.

—¿Pero no tuvo usted amores?

—Sí. No puedo negarlo. Encendí pasiones vehementes, inspiré cariños hondos y frenéticos; pero..., ¡ay!, amigo Roberto. Todos los hombres que me amaron eran... ¡casados!...

—¿Casados?

—Esa ha sido mi mayor desgracia.

—Pero eso parece imposible.

—Y, sin embargo, es una realidad absoluta. Claro está que también me pretendieron algunos muchachos; pero ninguno de ellos merecía la pena de fijar la atención. Yo no nací para venderme, ni para comprar un marido con mi dinero. Yo, amigo Roberto, nací para ser «la esposa de un hombre, la verdadera, la noble, la santa compañera de su vida».

—¿Aunque el vulgo la llamase la «querida»?

—Aunque me lo llamara el mundo entero.

Se hizo un silencio. Mili llevóse a los ojos su finísimo y perfumado pañuelo y secó una lágrima que amenazaba correr impía y abrasadora sobre aquellas mejillas de nácar.

—¡Vamos, Mili! ¿Va usted a llorar?

—¿Qué quiere usted que haga? ¡Si usted supiera!...

—Tranquilícese. Se lo ruego; se lo suplico.

—¡Ya pasó!—exclamó sonriendo y clavando en mis ojos los suyos de negro diamante; aquellos ojos que tenían la profundidad inmensa de un abismo sin fondo, el fulgor de una llamarada de fuego, la melancólica tristeza de una lujuria presa en la cárcel del pudor.

—Pues refiérame alguno de esos amoríos. El más novelesco. Quién sabe si en él he de encontrar inspiración para una nueva novela o una comedia interesante.

—Sea. En uno de nuestros viajes por Francia, llegamos a París, instalándonos en uno de sus mejores hoteles. En el mismo, y con carácter permanente, se hospedaba un joven español, médico de la Embajada argentina. Por la identidad de nuestra patria, y también, muy principalmente, por su extraordinaria simpatía, pronto se hizo muy amigo de mi cuñado. De cuando en cuando, como ahora ocurre entre nosotros, nos hallábamos juntos y solos y charlábamos de todo y de todos; pero con preferencia del tema eterno, del amo y señor del mundo: del Amor. Sus ideas en este punto eran algo extravagantes, originalísimas. Decía que el amor, como sentimiento anímico, puede hacerse brotar por un mandato imperativo de un sugestionador, y afirmaba que él poseía aquella rara facultad. Que hipnotizando a sus víctimas había lo-




*—Es que acabo de bañarme.*

grado hacerse amar locamente por diversas mujeres.

—Puede que tuviese razón; pero es preciso para ello que la persona que haya de ser sugestionada tenga aptitudes psíquicas para ello.

—En efecto. Pero lo más interesante para mí era que él aseguraba muy seriamente que jamás había conocido una mujer más fácil a esa sugestión que yo.

—También puede que llevase razón. ¿Y llegó...?

—Sí. Una tarde, aprovechando una larga ausencia de mis hermanos, que habían salido de viaje a una ciudad cercana a París, me propuso que le permitiese iniciar la sugestión para convencerme de sus dos grandes afirmaciones: que él tenía efectivamente aquel formidable poder sugestionador del amor, y que yo era la más sugestionable de cuantas mujeres había conocido. Me negué terminantemente porque las noticias que de aquel muchacho teníamos no eran muy tranquilizadoras. Más de una mujer, desolada, escarnecida, se había dejado atrás en su camino.

—Además, sería casado, ¿no?

—Casado era, aunque separado de su mujer, quizás por su carácter aventurero y tenoriesco. Como le decía, me negué en redondo, asegurándole que si intentaba hipnotizarme llamaría a gritos a los criados del hotel. Y como me ofreciera formalmente desistir de su propósito, continuamos nuestra charla de siempre. Insensiblemente,



sin que yo me diera cuenta de nada, el muy canalla ejerció sobre mí aquella fuerza irresistible de su poder sugestionador. Un ansia infinita comenzaba a abrasar mis entrañas; un fuego devorador quemaba mi pecho con torturas dantescas de deseos; una sed insaciable, intensa, anhelante, secaba mis labios. Quería cogerle entre mis brazos, besarle, morderle... Levantóse de su asiento y yo, como un autómata, hice lo mismo. Me acerqué a él, tomé su cara entre mis manos y la acerqué a la mía. Y cuando ya iban a juntarse nuestros labios, cuando yo me sentía suya, toda suya, me dió un golpecito en la cara, y, riendo, riendo a carcajadas, con una risa cruel que despedazaba mi corazón, me dijo: «¡Mili! Vuelva usted en sí. Vamos. ¿Qué iba usted a hacer? Sigamos siendo dos buenos amigos». Y se apartó de mí, yendo a sentarse de nuevo con una tranquilidad estoica, cínica, desesperante. Yo me erguí con fiereza, le escupí a la cara un insulto y salí de la habitación, decidida a no verle más mientras dure mi vida.

Y era tal el brío de odio que chispeaba en los ojos de Mili, que jamás la ira tuvo expresión más honda y más fuerte y más amenazadora en unas pupilas de mujer.

Los hermanos de Mili decidieron emprender un nuevo viaje. Los negocios editoriales seguían viento en popa, y ellos exigían hacer un recorrido largo por las principales capitales europeas, algunas de cuyas casas editoras tenían propuestos importantes contratos de traducción de las obras de Antoñito.

Mili fué la primera que me lo dijo.

—Antoñito se marcha de Madrid.

—¿Sí?

—En seguida. Va a París, Londres, Bruselas, Berlín, Viena, Roma, Constantinopla y El Cairo.

—La envidio a usted, Mili. A mí me encanta viajar, recorrer mundo, ver paisajes de mar y tierra y paisajes de almas. ¡Créame que la envidio de verdad!

—Pues no me lo explico, porque el viajar es



muy aburrido y muy molesto. Pero nada tiene usted en esta ocasión que envidiarme, porque yo no viajo ahora con ellos.

—¿Que no?

—No.

—Pero ¿y Laura?

—Ella, sí. Va, como siempre, con su marido.

—¿Y usted se queda en Madrid?

—En Madrid.

—¿Sola?

—Solita. Es decir, sola no. Me iré a una buena pensión y allí no estaré sola. Además, tendré quien me atienda, y me acompañe, y me sirva.

—Naturalmente. Ya sabe usted que mi familia está a sus órdenes incondicionalmente. Vendrá mi mujer a hacerle tertulia y la acompañará adonde usted quiera y cuando quiera.

—Gracias. Pero ya le avisaré yo a usted la oportunidad de eso. Por ahora sólo tengo que preocuparme de trabajar, trabajar sin descanso, a todas horas.

—¿Usted?

—Yo. Por eso me quedo. El negocio editorial requiere la presencia en Madrid de uno de nosotros, y he decidido quedarme yo. Por otra parte, amigo Roberto, creo llegado el momento de hacerle a usted una confidencia gravísima que espero no ha de revelar jamás a nadie: mi hermana Laura tiene celos de mí.

—¿Celos?

—Sí, celos; celos de mujer, celos de esposa. Pero, ¡hombre de Dios!, ¿no le tengo dicho que yo tengo la fatalidad de inspirar amor a los hombres casados?

—Pero ¿su cuñado de usted le ha dicho alguna vez...?

—Nada. Pero eso se ve, se advierte. Los ojos son tan parlanchines en materia de amor, que no saben jamás guardar un secreto. Y mi hermana está celosa, muy celosa. Por su gusto, hace mucho tiempo que yo no estaría en esta casa. Pero, ¡por Dios, Roberto! Ni una palabra a nadie, ni una insinuación, que no se sepa nunca que mi cuñado está enamorado de mí.

Quedé aterrado. ¿Era posible que Antoñito hubiese llegado a cometer tal infamia? ¿Acaso no era más probable que Mili, en las ansias devoradoras de su «amor de amar», en la locura de su desesperada lujuria cerebral insatisfecha, se forjase la ilusión de que cuantos hombres la trataban habían de enamorarse de ella? ¿No sería todo ello reflejo de la demencia temperamental, agudizada por la espera cada día más agobiante de sus ilusiones?

—¿Y cuándo es la marcha?—dije para romper el silencio que, como manto del secreto, había seguido a su atrevida confidencia.

—Muy pronto. Creo que a fines de este mismo mes. De modo—exclamó sonriendo en aquel extraño cambiante de los matices de su alma—que



aquí nos quedamos los dos. ¡Ah! ¡Y mucho cuidadito con lo que se hace, porque en adelante cambia el jefe, y yo soy muy exigente y muy severa.

—No creo que llegue a merecer sus reproches.

—¡Ya se guardaría usted muy mucho! Conque quedamos en que desde el día de la marcha será usted mi *secretario particular*. ¿Estamos?

—Seré en todo fiel servidor, leal y obediente, como cumple a quien logró el excelso honor de ser secretario particular de tan linda, inteligente y espiritual jefa.

Mili se acercó a mí, y poniendo toda su efusión me estrechó la mano. Yo, galantemente, con reverenciosa inclinación, rocé aquella mano de nieve con mis labios de fuego.





QUELLOS días transcurrieron demasiado aprisa para tanto y tanto como hubo que hacer para los preparativos del largo viaje de Antoñito y Laura. Mili, mujer hacendosa y dispuesta, se desvivía por atender a todo, disponiendo los equipajes. Por mi parte, tuve que ir y venir a tantos sitios, que casi no paraba un minuto en el despacho. Por esta razón, entre nosotros no se cruzaron ni media docena de palabras.

Antoñito me dió muchas instrucciones, y entre ellas, pero con carácter esencial, que cuidase y atendiese a su cuñada. Yo se lo ofrecí lealmente.

La despedida fué muy dolorosa. Mili se sintió indispuesta y fué preciso recluirla en cama.

Desde la estación volví a la casa. Mili, llorosa, nerviosísima, me salió al encuentro.

—¿Se fueron?



—Sí. Pero tranquilícese usted. El tiempo pasa pronto, muy pronto. ¿Cuándo se traslada usted a la pensión?

—Esta misma tarde. Voy a recoger mis cosas de uso, tomaré un auto y me iré. Que vaya usted a verme. Ya sabe la dirección: Hotel Palace, habitación número 724. Si tuviera usted alguna noticia que comunicarme, me llama por teléfono, sea la hora que sea.

—¿Quiere usted que la acompañe hasta el hotel?

—Sí, sí. ¡Me he quedado tan sola!

Y tornó a su llanto.

La doncellita y yo fuimos con Mili, dejándola instalada en su cuarto.

—No deje usted de venir, Roberto. No olvide—dijo sonriendo alegremente, a cuya alegría pasó con su habitual brusquedad en las exteriorizaciones de su espíritu—, no se olvide usted de que es mi secretario particular.

La doncella quedó allí, ayudándola a colocar en los armarios su ropa y a poner sobre las mesitas y repisas un sinfín de bibelots.

«Marujita», la muñeca predilecta, que conservó Mili como reliquia de su niñez, fué colocada en el sitio de preferencia.

Yo salí a la calle, me dirigí a casa y me puse a trabajar. Pero mi intento fué vano. La figura grácil, incitante, bellísima y acariciadora de aquella

muñequita de carne y hueso, llama sin hogar de pasión y deseo, atraía mis ojos, absorbía mi pensamiento e iluminaba, con los fulgores de sus ojos ansiosos, relumbrantes, los anhelos de mi sensualidad.



DONÍA reparo la soledad de mis visitas a Mili, ya que por tratarse de una mujer joven y atrayente, podía inspirar recelos a la servidumbre del hotel respecto al verdadero carácter de nuestras relaciones.

Además, lector, quiero hacerte una confesión sincera. Tenía miedo, un miedo insuperable. ¿A ella? Quizás, porque la sentía arder en deseos, porque la advertía en lucha desesperada, casi ya rendida, a los impulsos de su «amor de amar». ¿A mí mismo? Tal vez; seguramente. Porque paralelo al miedo que ella me inspiraba, sentía correr por mis propias venas un ardor fuerte, anheloso, demasiado elocuente para no hablar bien claro a mis sentidos y a mi experiencia de la vida.

Pero Mili no se resignaba a mis prolongadas ausencias, y de cuando en cuando hacía que me llamasen por teléfono, añadiendo al aviso que te-

nía carta de su cuñado con instrucciones y encargos para mí.

Nuestras entrevistas eran protocolarias. En su habitación las más veces, y en el *hall* otras, charlábamos de todo y de nada, en esa conversación insustancial que impone la cortesía.

Un día, ya pasados seis meses, recibí una tarjeta suya diciéndome tenía que hablarme de asuntos del negocio. Llegué a la puerta del cuarto y toqué suavemente con los nudillos.

—¿Quién es?—preguntó con su voz de plata.

—Soy yo; Roberto.

—¡Ah! Si es mi secretario particular. Pase usted. Como usted es de mi mayor confianza, le recibo tal como estoy.

Vestía un salto de cama lindísimo, cuyos espumantes encajes y sutiles gasas desbordábanse y ceñíanse a su busto audaz y provocativo, que agitaba su respiración anhelante.

—¡Si quiere usted que vuelva más tarde!

—No, por Dios. Es que acabo de bañarme, y claro, estoy desnuda.

—Pues yo la veo—dije señalando a la bata, que llegábale hasta cubrir los pies—vestidita y aun demasiado honesta.

—Pero si me abriese el salto de cama..., vería usted... ¡Eso quisiera el muy tunante! ¡Paciencia, amigo! Que todas no somos Anitas.

—¿Qué deseaba usted de mí? ¿Ha habido carta de los viajeros?



*—Y me acerqué a la cama.*

—Sí, señor. Aquí la tiene. Como ve—siguió hablando mientras yo leía—, dicen que el negocio marcha viento en popa, que ya firmaron la mayoría de los contratos y que salen para Constantinopla y El Cairo, desde donde vendrán directamente a España.

—¡Quién pudiera ir a esperarlos al puerto de desembarco!

—¿Usted lo desea?

—Sí.

—Pero no es cosa de que vayamos los dos solos. La gente es tan maliciosa, y aunque se trata de un jefe que viaja con su secretario particular, como el jefe es jefa, y no creo que muy despreciable...

—Yo iría con usted, no de secretario particular, sino de botones.

—No se rebaje tanto el amigo, que ya sabe que yo le tengo cariño, mucho cariño..., y que le trato como a un hermano.

Siempre que entre hombre y mujer se cruza, para hablar de afecto, la palabra hermanos, seguid escuchando un poco y veréis cómo su eco dice la palabra amor. Es la fórmula con que muchas mujeres insinúan al hombre de su predilección, siquiera sea ésta tan fugaz como nacida de lujuria, los deseos de amor que le inspira. Aterraos, pues, cuando os llame *hermano querido* una mujer que no tenga realmente tal parentesco.

—Descendamos a la tierra—exclamé yo—y despertemos a la realidad. Iremos a la estación a esperarles.



—Eso desde luego—dijo palmoteando con alegría infantil—. Y volvamos a los negocios, señor secretario. Tome usted este cheque y tráigame dinero del Banco.

—Está bien.

—Pero como no me urge hoy, me lo trae mañana después de haber pasado por casa por si hubiera en ella algún recado urgente.

—Ya sabe usted que voy de cuando en cuando, y que llamo por teléfono a la portería casi a diario.

—Pues no deje de ir personalmente mañana, y luego viene a buscarme.

—Así se hará. ¿Desea usted algo más de mí?

—Nada—dijo tras una brevísima pausa—. Gracias por todas sus atenciones y asiduidades.

—Aunque su cuñado no lo mereciese, como lo merece, usted, sólo usted, es acreedora a todo cuanto yo hago y a mucho más si mis fuerzas alcanzaran hasta la justicia de sus merecimientos.

Al despedirme, como ya era costumbre nuestra desde la ausencia de sus hermanos, besé a Mili respetuosamente el dorso de la mano. Pero aquel día, ella me presentó la palma, y al posar mis labios, sentí que sus dedos los acariciaban disimuladamente.



UMPLIDA mi misión de ir al Banco por dinero, me dirigí a la casa de Antoñito.

—¿Hay algún encargo? — pregunté al portero.

—Nada. Lo que había ya está arriba. Como la señorita Emilia está en el piso...

—¿Que está en el piso?

—Sí, señor. ¿Pero no lo sabía usted?

—Yo no sé nada. Supongo que habrá tenido necesidad urgente de buscar alguna cosa, tal vez un vestido...

—¡Cá, don Roberto! Si se ha traído todo su equipaje y me ha encargado que le busque hoy mismo una doncella.

—Pues voy a verla ahora mismo. Tal vez le haya ocurrido algo en el hotel. Pero ¿cómo no me lo dijo ayer mañana? En fin, veremos lo que pasa. Hasta luego.



—Vaya usted con Dios, don Roberto.

Subí la escalera de dos en dos. Hice sonar el timbre y esperé. Unos segundos después oí su voz, que preguntaba desde una habitación interior:

—¿Quién llama?

—Yo; Roberto.

—Pues empuje la puerta y entre. La he dejado abierta hace un momento, porque, desde luego, le esperaba.

Entré, y guiado por su voz llegué al despacho. Vestida con una bata amplia, elegantísima, descubiertos sus brazos de estatua y nadantes sus senos, que se desbordaban a medias sobre el escote, hallábase sentada en una butaca, cruzada una pierna sobre la otra y dejando ver las dos hasta la misma rodilla.

—Pero ¿qué es esto?—le dije.

—Ya lo ve usted—dijo riendo a carcajadas—. Le tenía preparada esta sorpresa, y por eso le rogué con tanta insistencia que no dejara de pasar hoy por aquí antes de ir a verme. ¡Pero, hombre, vaya una carita que se le ha puesto! ¿Tanto le ha sorprendido verme aquí?

—La verdad—balbuceé, admirando aquel cuerpo que, casi desnudo, se me ofrecía tan significativamente—. No esperaba verla en esta casa...

—Le advierto, querimo hermanito — exclamó haciendo como que se cubría las piernas con la

bata—, que hay que ser formales, muy formales. Tenga usted en cuenta que estoy sola en la casa. ¿Tiene usted mucha prisa por marcharse? Vamos, siéntese aquí, a mi lado.

—Ya que estamos aquí—dije estúpidamente—me pondré a trabajar un rato y así le hago compañía.

—No; deje ahora la máquina de escribir y hablemos. ¿A que no acierta usted por qué he dejado el hotel y me he vuelto a casa?

—No sé.

—Pues, en primer término, porque me aburría soberanamente. Usted casi no iba a verme, y cuando lo hacía eran las suyas visitas de cumplido. Ni me contaba usted nada interesante, ni me leía comedias, ni me recitaba versos, y yo estoy muy deseosa de oír versos. ¿Quiere usted recitarme algunos?

—Pero si los sabe usted todos casi de memoria...

—Alguno nuevo habrá escrito estos días. ¿No le sobran a usted musas inspiradoras? Tiene usted a su mujer, a su... otra mujer, y me tiene usted a mí, a su hermana... ¡Vamos, no se haga de rogar! ¿No le he inspirado yo a usted nunca?

—Sí; mucho. Siempre. ¿Cómo no iba a inspirarme musa de tan altos relieves, de tan excelsa y soberana belleza, de espiritualidad tan sutil y sensibilidad tan vibrante y luminosa?

—¡Va! ¡Ya se desbordó el poeta! ¡Ya revivió



el Roberto eterno cantor del amor que pasa! Acérquese más; más aún, que no quiero perder una sílaba de sus palabras. ¡Son tan intensas, tan románticas, tan acariciadoras!

—¡Mili, por favor! No insista en retenerme a su lado. No sé, no sé si podría resistir más tiempo esta fuerza brutal, arrolladora, que absorbe todos mis sentidos cuando mis ojos acarician su cuerpo de diosa, y mis manos se tienden ansiosas hacia sus brazos, y mis oídos se encantan con la armonía de sus palabras insinuantes, y yo todo, yo corazón, alma y sentidos, se apoderan de los suyos y con ellos se confunden en un beso divinizado por el amor...

—¡Roberto!—dijo Mili.

Y anhelante, agitado su pecho que ya saltaba sin rebozo, se irguió de su asiento, y cogiendo mi cara entre sus manos, enervada, frenética, me besó en la boca ardientemente, largamente, cerrando seguidamente sus ojos y echando atrás su cabeza para ofrecerme en el cáliz de plata de su cuello, y en la patena de su pecho, y en el ánfora de sus caderas la hostia y el vino consagrados por su amor y exaltados por su sensualidad.

Rápidamente, brutalmente, nos separamos, sin que ante el ara del amor quemáramos otra cosa que el ámbar de aquel beso.



ESDE aquel día no falté a casa de Mili ningún día, y frecuentemente hacíala dos y tres visitas.

Al llegar y al marcharme nos besábamos amorosamente, y todavía, en el curso de las horas que pasábamos juntos, de cuando en cuando se juntaban nuestras manos, acercábanse ansiosas nuestras bocas y restallaba en nuestros labios, al unísono, el fragor de un beso. No he de negar que en aquellos amores, como en el de Paolo y Francesca, fueron galeotos las páginas de un libro de amorosos versos. Que no hay, para dos cuerpos amantes, mayor y mejor corriente de contacto que la sublime y embriagadora música de unos versos de enamorado, porque ellos tienen la misma virtud de contagio que la «simpatía de la risa».

Una noche me invitó a cenar.



—Mira—me dijo riendo locamente—, como ya pronto vendrán mis hermanos, esta noche cenaremos juntos.

—¿Solos?—dije entre aterrado y enardecido.

—Solitos y no de Dios—repuso, dándome un beso—. El nos amparará para defendernos el uno del otro—añadió picarescamente—, que buena falta nos hace, particularmente a mí. ¡Eres, Roberto, tan impetuoso, tan sensual!

La cena, interrumpida cada minuto para contar los besos, entre el sabor de los manjares, se deslizó como no tenía más remedio que deslizarse, ya que la doncella iba y venía, sirviéndonos la mesa. El champagne bebímoslo en la misma copa, sorbo a sorbo, como si en el paladeo del vino sintiéramos también los paladeos del amor.

De pronto dijo Mili que estaba indispuesta.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso te has mareado?

—No, no. Si no es nada. Voy a echarme un momento.

—Me marcharé.

—De ninguna manera. ¿Y si me ocurriera algo?

Marchó a su alcoba, y unos minutos después entró la doncella en el despacho.

—Dice la señorita que vaya usted allí, que ya está muy mejorada.

Entré en la alcoba. Mili se había desnudado, cubriéndose con la sábana, dejando al descubierto sus hombros y sus brazos.

—Usted puede retirarse ya—dijo a la criada—.

Y mañana venga muy temprano. Como duerme en su casa—dijo, mirándome significativamente.

—Si quiere la señorita, iré a dar una vuelta a mis hijos y volveré.

—No, no hace falta. Si ya estoy bien, perfectamente bien.

—Como mande la señorita—repuso la doncella mirándome de soslayo con aviesa intención, como felicitándome por el nuevo festín que se me preparaba.

Nos quedamos solos. Yo estaba inquieto, nerviosísimo. En mi frente ardían, en lucha brutal, los pensamientos más opuestos. De una parte presentaban batalla los apetitos de la carne, exaltados hasta lo infinito por la calidad de la presa que se brindaba a mis ansias; por otra, reprochábame mi conciencia y mi caballerosidad aquel abuso de confianza, aquel escarnio del hogar de un amigo que tan fraternalmente me trataba.

Ella me miraba, pretendiendo leer mi pensamiento y adivinando la lucha que sostenían mi lujuria y mi deber.

Y alargando una mano y cogiendo una mía, la acercó a su cara y la besó dulcemente.

—Ya estoy bien, completamente buena. Pero ¿qué tienes? ¿Estás preocupado?

—No, tontina. ¿Por qué? Estoy nervioso. Eso es todo. Te veo en ese lecho, que es sagrario de tu excelsitud, y siento ansias de adorarte como a la diosa de mis amores.



—¡Roberto! ¡Calla, Roberto! ¡No me digas esas cosas, porque tus palabras candentes queman mi corazón y calcinan mi voluntad! ¡Calla, por Dios, que mis nervios se calmen, que mi pensamiento se serene!... ¡Calla, hermano mío queridísimo!

Me levanté del asiento y me acerqué a la cama. La besé frenéticamente. Con mis manos calenturientas buceé en su seno, que quedó libre, a zarpazos, de la prisión de los sostenes. Los besé uno a uno, mil y mil veces, y descendiendo mis dedos sobre la suavidad fragante de su cuerpo, fueron a tocar el arca sagrada, el botón de la rosa del amor.

—¡Roberto! ¡Roberto mío!—gritó desesperadamente, convulsionada por el placer.

.. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Pero en aquel punto, por una reacción milagrosa de los ejércitos de mi caballerosidad, a punto ya de consumar la felonía, salté de la cama al suelo y salí de la alcoba, arreglando el desorden de mis ropas.

Un minuto más tarde salía a la calle.

Los porteros, al verme, sonrieron maliciosos. Yo apenas les di las buenas noches. Me alejé de la casa, y al día siguiente volví de nuevo.

—¿No sabe usted la novedad, Roberto?—dijo Mili al saludarme y retirándome el tuteo.

—¿Qué es ello? ¿Le pasa usted algo?

—Una alegría muy grande, que viene a quitar de mi alma un dolor muy hondo: mañana desembarcan mis hermanos en Valencia y pasado mañana los tenemos aquí. ¿No se alegra usted también?

—¡Oh, sí! Mucho muchísimo. ¡Estaba haciéndonos tanta falta!

En los ojos de Mili brilló un relámpago de ira y saltó la lava hirviente de un volcán de despecho. Aquella mirada era igual, la misma que tenían sus ojos el día que me contó cómo aquel médico español sugestionante le perdonó también la flor de su pureza.




HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

